

©2003, Armando M. Vizcaíno Ariza
www.armandovizcaino.es.mn
www.galeriadelibros.galeon.com

EL CENTURIÓN DE LA NOCHE

Además del estruendo de las altavoces que interrumpían la cotidianidad del vecindario poco acostumbrados ha aquella algarabía indecente, se dejaban escuchar claramente los no jodas y los carajos de los borrachitos perniciosos y charlatanes a la par con las maldiciones descaradas de los tipejos de humor bravío que como buenos esclavos del juego y las apuestas, perdían hasta el último centavo que cargaban en sus mugrosos bolsillos.

Ebrio a cuenta del mayorido arrancado sin mucho aprovechaban del “papayaso” que ofrecían aquellos “marranos” con el Cristo de espaldas que tenían al frente de la desajustada mesa donde se llevaba a cabo la partida de dominó callejero, CARLOS EDUARDO SARMIENTO SARMIENTO, un tipejo cincuentón de pelo corto entre cano, flacuchento como un silbido de culebra, ojos de buitres, terco como una mula, mamador de gallo ha reventar y habladorcillo de sus amores inventados; de un solo sopetazo engulle por el gañote el último trago de licor que quedaba en la desnuda botella para más tarde alegar sin razón alguna sobre las palabrejas de desfloradas de manera loable para uno de los perdedores quien sin llegar a desconocerse en lo personal daba a conocer su inconformismo sobre sus sospechas de señas por parte de los risueños trampoceros. De inmediato alguien camuflado entre la

regua de holgazanes que como estatuas vivientes se daban cita alrededor de la mesa de juego observando y comentando a su antojo los pormenores de la partida, en desacuerdo con el zapatero de la cuadra arremetió con toda clase de insultos e improprios rebosantes de falsas calumnias que hicieron estallar en ira al inquieto hombrecito de boca mal hablada.

Entonces si que se armó al zambapalo y la bullaranga pueblerina en plena calle y la recocha se hizo incontrolable cuando el borrachín busca pleito y el encolerizado con CARLOS EDUARDO imitando a los gallos de riñas se abrieron al ruedo trazándose a la trompadas azuzadas por los mirones impersonales quienes se destornillaban de la risa ante aquella escena ridícula como bulgaresca. Ha decir verdad, más que una disputa callejera aquello parecía un acto de circo representado en un jolgorio payacesco, los dos gladiadores en medio de una ronda de humanos sin oficios saltaban y danzaban como marionetas sin control lanzando al vacío puñetazos inofensivos incapaz de espantar una mosca. Cansado y sudorosos caían ridículamente al suelo impregnados de salivazos donde quedaron tendidos y vencidos por los estragos del licor ingerido. Ha hombros, como quien carga a un muerto indeseable, hecho un verdadero fiasco al vomitarse sobre su propia humanidad, CARLOS EDUARDO era llevado por una cuadrilla de vecinos y conocidos hasta su vivienda donde le dejaron botado sobre el lienzo curtido de un cama de tijera que se hallaba bajo la fronda de un palo de ciruela enclavado en todo el centro del congestionando patio.

Comenzaba anochecer cuando despertaba de su corto letargo azorado y con unas ganas horrendas de ir al baño a evacuar toda a porquería que llevaba dentro de su maltratado estómago. Tambaleante y trastabillando pudo llegar hasta el sucio bacín de la abandonada letrina donde bajándose los pantalones pasaba sus delgaduchas pasaderas. Gimió a gusto al arrojar su mal oliente excremento y cuando hubo terminado, olvidándose de limpiarse, con un alivio del carajo le iluminara e alma, marchó a toda prisa a darse un chapuzón al pie de la alberca.

Aquella noche de cielo despejado, como todos los años anteriores, CARLOS EDUARDO tenía que ir a cumplir con su deber de centurión, así que apresuró a correr en pelotas hasta su cuarto donde poco después saliera vestido con su atuendo almidonado y planchado, los zapatos de charol relucientes por la embadurnada que le diera con un trapo averaguado y llevando a finada entre sus huesudas manos el casco brillante y la lanza que le distinguía como tal.

Ni siquiera escuchaba los ruegos de su hermana Ana Francisca quien le insistiera beberse las sopas que permanecían en la olla impregnada de tizne puesta sobre la hornilla la cual irónicamente se hallaba adornada por un enjambre de hormigas hambrientas, a pasos aligerados marchó hacia la calle quedándose en la esquinas solitaria haciéndose los últimos retoques personales, poco después marchaba tranquilamente calle abajo hacia el sitio

predestinado saludado de boca a cuanto pendejo se le atravesaba en el camino.

Todo iba viento en popa hasta que tuvo la "desgracia" de detenerse frente a la vivienda del ñero Ángel Palma ha saludar al compadre de boca quien descamisado, en bermuda y con una botella de ron recién inaugurada se hallaba sentado en una mecedora en la terraza de su casa haciendo su solitario parrandón. Vi ante su insistencia y ruegos del ñero no tuvo más salida que sentarse sobre el bordillo desnudo del basto sardinel donde sin dejar clavarse sus petacazos entablaba una amena y larga conversación. Allí empezaría sus pormenores y pesadillas como centurión de la noche. Más tarde con una borrachera del carajo se despedía del ñero y zigzagueando por toda la calle, se enrumbó, con sus ropas estropeadas que le daban una apariencia de muñeco hecho un estropajo, hasta llegar a la esquina remolona donde le esperaban impacientes los hombres encargados de cerrar la procesión. ¡Nojoda!, su presencia causó malestar entre quienes le vieran con malos ojos su desfachatez pero eso poco le importó y como una tromba metiese entre los primeros de la larga fila india acabando de un tajo con las conversaciones amenas de aquellos cristianos, quienes a regañadientes tuvieron que admitirle en sus charlas. Aquella decisión convertirse en una calamidad y pronto cundiría el arrepentimiento, cuando Carlos con su voz de aldabonazo atrajo las miradas recelosas de los espectadores para más tarde dejar fluir su inconformismo, asegurando a boca llena que quienes habían

crucificado a nuestro Señor Jesucristo tenían que ser guerrilleros o paramilitares con la complicidad de los monitos altotes que viven allá en la puta mierda...

Bastardas palabrejas envueltas en sipote falacia que demostraba a las claras su irreversible desfachatez e ignorancia en la que se hallaba anclado. Pero la vaina no acabaría allí, cuando se iniciaba la larga y despaciosa procesión todos los centuriones resguardaron su distancia y mi amigazo como nunca tuvo la osadía de continuar la marcha dando tres pasos para adelante y seis pasos para atrás. De inmediato se acrecentó la confusión entre la incontrolable chusma que en medio de empujones rodaban al suelo y algunos no sabiendo que hacer optaban por quedarse inmóviles para no hallarse en plena marejada.

No había dudas aquel hombrecillo con su ocurrencia imaginaria quería llegar pronto de vuelta a casa, sabotando la tradición ancestral de los centuriones que marchan de espaldas dando un paso hacia adelante y dos hacia atrás, cuando el curita que iba abriendo camino entre los feligreses se enteraba del inusual despelote, abandonaba de un tajo su tradicional celebración para volverse rápidamente con su faldón terciado al pecho ha averiguar lo que estaba ocurriendo, su temor y sus ansias por conocer al saboteador por poco le cuesta un ojo de su cara, cuando en silencio se acercaba al hombrecito ebrio quien se hallaba de espalda obligando a los demás a continuar con su

alocada marcha al compás del repique del tambor que hacía sonar de mala gana un anciano flacuchento, boquiabierto y con sus ojazos saltones, el curita permaneció por vivos instantes observando aquella desfachatez donde su chiflado centurión hacía volteretas en el aire con su lanza que de puro milagro no lesionó el cuello de los muchos curiosos que comenzaron a rodearle al tiempo que se cagaban de la risa. A una sola orden de mal humorado curita hizo su presencia un contingente de policías con carabina en mano quienes a la fuerza le llevaron a rastra hasta la "mandoca" donde le dejaron encerrado por inmoral e imperturbador del orden público.

Muy temprana la mañana con un guayabo del puta y unas ojeras que le daba un aspecto irrisorio le soltaban no sin antes barrer y trapear los baños de la sucia estación de policía, cansado y sudoroso y con un olor apestoso impregnado en sus ropas, salió a la calle cargado entre sus manos aquella lanza que no volvería a relucir entre las marejadas de centuriones, pero que a lo mejor serviría como trofeo entre las leñas resplandecientes que le daban vida al fogón de piedras apilonadas en la escueta cocina de su casa.

FIN